



Cuando sus dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido y si había asistido la hermosa dama. Le dijeron que sí, pero que había salido huyendo al dar la medianoche, y con tantas prisas que se le había caído uno de los zapatos de cristal, que era de lo más primoroso; que el hijo del rey lo había recogido y que se había pasado el resto del baile mirándolo, y que seguramente estaba enamorado de la hermosa joven dueña del zapato.

Era cierto lo que decían, porque pocos días después el hijo del rey mandó pregonar a toque de trompa que se casaría con aquella cuyo pie sentase bien en el zapato. Empezaron a probárselo a las princesas; luego, a las duquesas; y a toda la corte, pero en vano. Lo llevaron a casa de las dos hermanas, que hicieron cuanto pudieron para meter el pie en el zapato, pero no lo consiguieron. Cenicienta, que las estaba mirando y reconoció su zapato, dijo riéndose:

—¡Voy a ver si me sienta bien a mí! (...)

(Traducción: María Teresa Gallego e Isabel Hernández)



Charles  
Perrault  
(1628-1703)  
*Cenicienta*

Ilustración:  
Elena  
Odriozola



librosalacalle.com